

Fernando García Calderón

LA JUDÍA
MÁS HERMOSA

algaida
eco

© Fernando García Calderón, 2006
© Algaida Editores, 2006, 2011
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-648-5
Depósito legal: Na. 1.422-2011
Impresión: Rodesa, S. A. 31200-Estella (Navarra)
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización..

ÍNDICE

Que aquel que sepa reír no se demore. El mañana...

(). Sevilla 13

... El mañana es una charca cenagosa donde nada...

I. Don Diego Susón	19
II. Susana de Susón	25
III. Susana y Helena	33
IV. Los Reyes en Sevilla	40
V. Helena y las Gradas	53
VI. La fiesta de los duques de Medina Sidonia	65
VII. Los inquisidores toman Sevilla	76
VIII. La decisión	83
IX. Los amantes	90
X. Los apresamientos	99
XI. Los interrogatorios	107
XII. El auto de fe	113

... donde nada flota por siempre. De locos es...

XIII. El convento de Santa Inés	123
XIV. La otra Sevilla	135
XV. En casa de doña Paula Guión	146
XVI. La mancebía	160
XVII. Inundación y peste	169
XVIII. Agonía de fray Alonso de Hojeda	179
XIX. El amor de don Hernando de Aguilar	191

XX.	Alcalá de Guadaíra	201
XXI.	El burdel	215
XXII.	Los gitanos	229
XXIII.	Muerte de Roque Bilardo	239
XXIV.	La fortuna	248
XXV.	Alonso de Guzmán	258
XXVI.	El Descubrimiento de Sevilla	275
XXVII.	Don Pedro González de Mendoza	289
XXVIII.	El viaje a Toledo	300

... De locos es tentar a la voluble Fortuna, pues sólo la Muerte...

XXIX.	Susana en Roma	313
XXX.	Las gestiones de Miguel Alemán	326
XXXI.	El teólogo Vicentini	337
XXXII.	Casa en piazza Venezia	348
XXXIII.	Ante el Papa	360
XXXIV.	La canícula romana	374
XXXV.	La rueda de la diplomacia	389
XXXVI.	En batalla	401
XXXVII.	O César o nada	415
XXXVIII.	El dolor de un pontífice	427
XXXIX.	El veneno del miedo	444
XL.	Las armas de la debilidad	454
XLI.	Fantasmas en Roma	468
XLII.	El infante romano	478
XLIII.	Campanas de boda	492
XLIV.	Hallazgo y partida	502

... pues sólo la Muerte acaba triunfando.

XLV.	La calavera	517
	Un último secreto	535
	Agradecimientos	539

*A Fernando García Santacruz,
mi padre.
Sin su idea originaria,
su empeño bibliográfico
y su generosidad,
esta obra no conocería la luz.*

*Que aquel que sepa reír no se demore.
El mañana...*

()

SEVILLA

... brios a ciudad extraña
el mi corazón se baña
en ver vuestra maravilla
muy poderosa Sevilla
guarnida de alta compañía.

ÁLVAREZ DE VILLASANDINO

EN EL ÚLTIMO TERCIO DEL SIGLO XV, SE DECÍA QUE NACER en Sevilla era un don, un signo visible del efecto que la Providencia obra en el alma del elegido, comparable a uno de los siete sacramentos. Lo pregonaban los párrocos y también los pícaros que leían futuros perfectos en la palma de la mano, hermanándose en glosar las virtudes de un bautismo regado con agua del Guadalquivir y buen vino de las cuencas limítrofes. De ahí que sevillanos de toda condición se tuviesen por seres tocados por la gracia de un Dios generoso y un tanto arbitrario, que los protegía de la parca y sus huestes.

Sevilla, la fundada por Hércules, la antigua Hispalis romana, la Ixbilia árabe que fue cuna del erudito san Isidoro, era en aquellos días una amalgama de costumbres y credos. Rodeada por una magnífica muralla provista de torres y barbacas, con seis puertas

veladas por marciales guardias y otras seis más cerradas a cal y canto, destacaba como una de las mayores ciudades europeas de realengo. Perteneciente a la monarquía poderosa de Castilla, lucía con orgullo su artístico alminar, el más airoso de cuantos poblaban el mundo musulmán de entonces, su bellissimo alcázar y muchos palacios, iglesias, monasterios y conventos. Su esplendor se auguraba largo, y buena prueba de ello era la catedral en construcción, espectacular desde los mismos cimientos.

Poseía Sevilla una agricultura y un comercio florecientes, con campos que proporcionaban frutos y trigo. Olivares y viñedos competían en extensión. Se decía que a ella llegaban cinco ríos: de agua, de leche, de vino, de aceite y de miel. A occidente, al pie de sus murallas, corría el verdadero; un Guadalquivir navegable, arteria principal para la expansión de sus ingenios y mercaderías. Y más allá, haciendo oídos sordos al bullicio, reposaba la tranquila Triana, lugar entre tres brazos fluviales, de rica vega y fértiles huertos, de humildes artesanos, con su castillo y su concurrida iglesia de Santa Ana, que el rey sabio, Alfonso X, mandase edificar en cumplimiento de una promesa. Triana, ayudada por su transitado puente de barcas, se sentía cada vez más cerca del corazón de la ciudad. Las nieblas del amanecer, esas gasas con las que el gran río vestía a sus dos caprichos, Sevilla y Triana, difuminaban las distancias.

Es en esta época cuando dos nobles pendencieros, el duque de Medina Sidonia, un Guzmán, y el marqués de Cádiz, de la familia de los Ponce de León, mantienen reyertas sobre sus predios y ensangrientan

las calles amparándose en que el Fuero Juzgo, texto legal de origen visigodo por el que las justicias sevillanas habían de librar los pleitos, no era de aplicación en gente de alto linaje. Tales eran sus pugnas que, en una de ellas, el marqués prendió fuego a la iglesia de San Marcos y después se hizo fuerte en las collaciones de Santa Catalina y San Román. Ambos, rebeldes a la Corona, acostumbraban a desobedecer cualquier mandato, por humano o divino que fuese. Frailes y clérigos, por su parte, se avenían a la situación. Sabían a qué árbol arrimarse y reemplazaron los grandes dogmas de fe por un relajamiento bien recibido por la ciudadanía. Sólo unos pocos desentonaban y, entre ellos, el más fiero: fray Alonso de Hojeda, prior de los dominicos de San Pablo y orador que, con perseverancia y mucha hoguera del infierno, fue ganándose a las multitudes. Arremetía contra cuanto se le antojaba, pero su especialidad eran los judeoconversos. Su madre acababa de fallecer de fiebres tercianas, lo que había agriado su carácter y elevado la virulencia de sus sermones contra los descendientes de David, a los que decía oír blasfemar a las puertas mismas de la casa de Dios. A este dominico de buena oratoria lo escuchaban cristianos exaltados, en número creciente, fomentando el clásico odio contra los considerados la raza maldita, aquella que quedó señalada en el Gólgota de la crucifixión.

Con todo, los judíos que principian nuestra historia habían sabido vivir al margen de diatribas, adaptándose al ritmo de la próspera ciudad. Ocupaban puestos de relevancia en los cabildos y se dedicaban al comercio, a las finanzas, a ejercer de médicos o boti-

carios. Por sorprendente que resulte, algunos hasta llegaron a pertenecer a la nobleza o a convertirse en miembros destacados de órdenes religiosas de la época. Entre los más influyentes, sobresalía don Diego Susón.

*... El mañana es una charca cenagosa
donde nada...*

I

DON DIEGO SUSÓN

DON DIEGO SUSÓN, DE BUENA ESTATURA, NARIZ LARGA y curvada, ojos penetrantes, negros como las noches de luna ciega, llevaba en la frente la marca de una arruga profunda. Vestigio del suceso más doloroso, justificaban los allegados. La marca de Caín, maliciaban los enemigos, que también los tenía.

En su juventud Diego vivió en la judería, donde se había criado puerta con puerta con Manuel Sauli. Juntos habían asistido a la escuela y compartido juegos y adolescencia. Juntos soñaron porvenires que, con esfuerzo y pundonor, vieron cumplidos. El primero en contraer nupcias fue Sauli, que selló la mutua amistad matrimoniando con Miriam, la hermana de Susón. Dos años más tarde, en 1461, casó éste con una bella judía de la familia Salom, llamada Sarah, que Sauli le presentase. Sarah hacía honor a su nombre con un porte de princesa y una hermosura serena, sin edad. La boda fue muy festejada y congregó a las más insignes personalidades. Todo salió a pedir de boca y Susón, introvertido de carácter, dio rienda suelta a sus emociones.

Al final del convite, cuando los invitados ya partían, aconteció lo nunca visto. Un viento terrible, que

sopló durante no más de media hora, derribó con estrépito una parte del cercano Alcázar real y arrancó de raíz cincuenta de sus naranjos, provocando la caída de las almenas que miraban a la huerta y cortando en seco la parte alta de su torre. El susto fue tal que quedó grabado como una señal de mal agüero en la memoria de los comensales. También en la del resto de los sevillanos, pues, amén de lo dicho, el vendaval arrambló con no pocos tejados, la techumbre de tres iglesias y veinte arcos de los Caños de Carmona, el acueducto que abastecía de agua la ciudad.

A Susón, enamorado, aquella furia de los meteoros no le importó en demasía. La olvidó durante los meses siguientes, enfrascado en sus ocupaciones y en unos deberes conyugales que cubría con auténtica pasión. Sólo tenía ojos para Sarah, y Sarah ganaba en amabilidad y belleza. En algo más de un año llegó la buena nueva: estaba encinta. El embarazo, no obstante, no se presentó bien por culpa de su débil constitución. Los continuos vómitos y dolores preocuparon al físico Ruy Pérez, que velaba por la salud de los Susón con fraternal entrega. Según lo dispuesto en los tratados hipocráticos sobre la dieta y la naturaleza de la mujer, recomendó que tomara en ayunas la flor del romero con pan y que en las comidas principales no ingiriese alimento que procediera de animales grandes, para evitar que el niño saliera con un volumen desaconsejable para tan delicado organismo. Ella aguantó los rechazos de sus vísceras sin expresar la menor queja, deseosa de parir el vástago que prolongase la heredad de Susón. Cuando sobrevino el ansiado momento del parto, Sarah alumbró una niña sana y ruidosa. Desgraciada-

mente, los temores del médico se vieron cumplidos. La madre murió a causa de una hemorragia intensa, que no pudieron cortar ni taponando con lienzos mojados en agua de vulneraria. Desde aquel día, Diego creyó en augurios y maldiciones.

Los amigos se arremolinaron al correrse por Sevilla la noticia de tan luctuoso desenlace. Con el ocaso, Diego ordenó que lo dejaran a solas en la cámara donde yacía el cuerpo amortajado. La difunta, aún sin la rigidez de la muerte, conservaba su apostura. Susón, hundido en su pena, pasó la noche hablándole. Abru-mado, llegó a oír de sus labios la siguiente sentencia: «Nuestra hija nos unirá por siempre. No le escatimes tu ayuda».

Con las primeras luces de una mañana tan triste como soleada, se iniciaron los preparativos del sepelio. Informaron con discreción de la hora y el campo-santo elegidos, para no sufrir la vigilancia de cristianos beligerantes, seguidores de fray Alonso de Hojeda. El entierro tuvo lugar, según la tradición, en suelo virgen, en el cementerio judío cercano a la Puerta de Minjoar. Susón, después de echar una paletada de tierra en la tumba, recitó el kaddish con voz trémula. Los muchos asistentes comentaron el rencor con que pronunció aquellas palabras. El correr de los días, tras las exequias, no trajo la calma al viudo atormentado. Las ventanas de la casa fueron cegadas para que la luz no penetrase. Así debían permanecer hasta el siguiente shabat, de acuerdo con los mandamientos del ritual hebreo. Y así permanecieron casi dos semanas más. Abatido, abandonó sus ocupaciones y se encerró en una alcoba que conservaba la fragancia y los recuer-

dos de la amada. En soledad, lloró su desconsuelo. Había durado tan poco su dicha. Era tan injusta aquella muerte. Él, que había conseguido reconocimiento y riqueza, no pudo hacer nada por la que más quería. No sirvió ser rabino ni recitar salmos y oraciones para alterar los designios de la muerte.

Miriam y Sauli, sus hermanos, fueron los únicos a los que se franqueó el portón de aquella funesta morada. Con Susón enclaustrado, víctima de la desesperación, Sauli se ocupó de los negocios cuanto le fue posible. Miriam siempre estuvo muy unida a su protector Diego. Sintió su pena como propia, pero, resuelta como era, no dudó en hacerse cargo del gobierno de la casa y, sobre todo, del cuidado de la niña. Había parido su segunda hija dos meses antes y amamantó a la recién nacida mientras buscaba los servicios de una nodriza. No era tarea fácil la elección de una buena nodriza en aquellos días. Hasta media docena de candidatas llegó a rechazar. Unas, por sus cabellos claros o sus fealdades, pues un aserto popular achacaba a las rubias mal aliento y a las poco agraciadas el ser presas de la ira, influyendo negativamente en la crianza; otras, porque habían sido esclavas o por su origen árabe, lo que de por sí suponía causa de desistimiento. Finalmente, escogió a Jacinta, rolliza aldeana de Osuna, recia de cuadriles, lozana y limpia. Era una soltera de veintidós abriles que había encadenado desgracias. Expulsada de su hogar por un padre, cortador de mieses y pisador de uvas, que se sintió mancillado en su honra, había perdido la criatura en el parto. A pesar de ello, destacaba por su afabilidad y abnegación, amén de otras virtudes de mayor tras-

endencia. Para empezar, la doncella carecía de la menstruación, lo que se consideraba indispensable, lucía un cabello castaño, ensortijado y vigoroso, y no presentaba dolencias de la piel ni otras enfermedades. Al examinar Miriam sus mamas, las halló generosas, firmes y veteadas por venas de aspecto azulado. Sus pezones, oscuros y salientes, ofrecían una leche de color blanco mate y buen olor y sabor. La creencia general estimaba que el líquido de las ubres era sangre que el organismo de la madre modificaba en su apariencia y textura, y que en caso de resultar no adecuada transmitía inclinaciones perversas. De ahí la importancia de la elección. Jacinta fue la más idónea.

Jacinta tomó a la niña como si se tratase del hijo que perdió. Le daba de mamar con la regularidad deseada, la lavaba con agua bien cocha, aromatizada con flores silvestres para que se criase sin costras ni sarna, la untaba con aceite de sésamo. «El sésamo ablanda las carnes y el corazón», solía decir. Sus nanas, con el sentimiento que ponía en ellas, enternecían a cuantos las escuchaban. Miriam se enorgullecía de haber acertado.

—Manuel, hemos atinado con el ama de cría —le soplabá al oído al esposo—. Es hacendosa, su leche contenta a la niña y... ¡hasta canta!

—Sí que hemos atinado, sí —respondía Sauli subrayando el plural—. Y —añadía con femenino falsete— como escribió el sabio Avicena, cantos, música y el pecho en la boca del niño.

—Cállate, tonto, y deja de imitarme.

Miriam, a pesar de los pequeños juegos y chanzas con el marido, mostraba una honda preocupación por

su hermano. Apenas probaba algún bocado de las viandas que le hacía llegar. Tampoco salía de su encierro. Una noche pegó la oreja a la puerta de la alcoba. No se oía el más mínimo ruido. Temerosa, llamó. Con suavidad, empleando la palma de la mano. Nada. Insistió, con los nudillos. Tantos fueron sus golpes y requerimientos que Diego, finalmente, abrió.

—Permite, Miriam, que purgue mi desconsuelo con la tranquilidad y el silencio debidos —fueron sus primeras palabras tras las honras fúnebres.

La hermana no pudo contener su sorpresa al observar que su frente había sido escindida por una arruga, aparatosa como una cicatriz. Algunas canas habían brotado, asimismo, en aquella extenuante vigilia.

—Ya has purgado bastante, Diego —repuso—. Tu hija aguarda a su padre.

Susón se había olvidado de su propio retoño. El rencor, culpándola de lo sucedido, lo había apartado de ella. Sumido en el dolor, había llegado a desentenderse del mundo. Ahora, al verla al fondo, manoteando en brazos de Jacinta, quedó conmovido. Se sintió inclinado a cogerla.

—Es una preciosidad. Tan chiquita, tan chiquita... —no se cansaba de repetir, con lágrimas en los ojos.

En aquel rostro diminuto descubría los rasgos de Sarah y retornaban a su mente las palabras que creyó oír de sus labios ya muertos. Asumió el compromiso.